

## ESCENA III.

HERNANI Y DOÑA SOL.

SOL. Por fin se fueron.

HERN. (Atrayéndose.) Amor mio!

SOL. (Ruborizándose y retrocediendo.) Es que... me parece que es ya muy tarde.

HERN. Siempre es tarde para estar solos y juntos.

SOL. Me ha fatigado tanto ruido. ¿No es verdad que esa alegría aturde y ahuyenta la felicidad?

HERN. Dices bien. La felicidad es grave y busca corazones de bronce para grabarse en ellos lentamente. El placer la asusta, echándola flores, y su sonrisa está más cerca de llorar que de reír.

SOL. En tus ojos esa sonrisa es para mí la luz del día.

HERN. Vámonos?

SOL. Luego, luego.

HERN. Solo soy tu esclavo y permaneceré aquí hasta que tú me digas; reír ó cantaré, lo que tú quieras, pero mi alma arde. Dile al volcan que apague sus llamas, y el volcan cerrará el cráter y volverá á cubrir su falda de verde musgo y de flores: has vencido al Vesubio, que es ya tu esclavo, y nada te importa que la lava encienda su corazón. Deseas que se cubra de flores? Pues forzoso será que el volcan ardiendo florezca ante tu vista.

SOL. ¿Qué bondadoso eres, Hernani de mi alma!

HERN. No vuelvas á pronunciar ese nombre, porque me haces recordar todo lo que he olvidado. En otro tiempo existió un Hernani, cuyos ojos brillaban como un puñal, un proscrito que solo respiraba odio y venganza, pero yo no conozco á ese Hernani. Yo amo los prados, las flores, los bosques; yo soy Don Juan de Aragon, esposo feliz de Doña Sol de Silva.

SOL. También yo soy dichosa.

HERN. Nada me importan ya los andrajos, que al entrar dejé á la puerta. Volví á mi palacio y un ángel del Señor me esperaba en el umbral. Entré y puse en pié sus derribadas columnas, volví á encender el hogar, abrí las ventanas, arrasé la yerba que crecía en las losas del patio y respiré la alegría y el amor. Que se me devuelvan mis torres y castillos, mi penacho, mi asiento en el Consejo de Castilla, que me entreguen á Doña Sol ruborizada y pura, y que nos

dejen solos á los dos, y nada quiero saber ya de mi pasado. Nada ví, nada dije, nada hice. Vuelvo á empezar la vida, borro mi ayer, y todo lo olvido; tú sola bastas para mi felicidad.

SOL. ¡Qué bien sienta ese collar de oro sobre el terciopelo negro!

HERN. Antes que á mí, viste al rey con este traje.

SOL. Ni lo noté siquiera. ¡Qué me importan los demás hombres! Además, eso no consiste en el terciopelo ni en el raso, porque es tu cuello el que sienta bien al collar. Lo ves? Estoy alegre y lloro. Qué feliz soy! Ven conmigo á respirar un poco y á contemplar esta noche hermosa.

Lo acerca á la balastrada.

Ya se han extinguido las antorchas y la música de la fiesta; solos nos hemos quedado la noche y nosotros. Mientras todo duerme, vela cariñosamente la naturaleza por nosotros, y como nosotros la luna reposa en el cielo, sola y respirando el aire embalsamado de las flores. Hace poco, mientras hablabas, el trémulo brillo de la luna y el timbre de tu voz llegaban juntos á mi corazón; me sentía tan alegre y tan tranquila, que hubiera querido morir en aquel momento.

HERN. ¡Quién no se olvidará de todo al oír tu voz celeste! Tu palabra es un canto sobrehumano.

SOL. Este silencio es demasiado lúgubre y este sosiego demasiado profundo. Dime, amor mio, ¿no quisieras ver el fondo de una estrella? ¿No quisieras que una voz nocturna, tierna y cariñosa, cantara de repente?

HERN. No hace mucho huías de la luz y de los cantos.

SOL. Huía del baile, pero no de un pájaro que cante en el campo, ni de un ruiseñor perdido en la oscuridad, ni de alguna flauta oída desde lejos. La música dulcifica, hace que el alma sea armoniosa y despierta mil voces que cantan en el corazón. Oír lo que te digo sería delicioso.

Oyese el sonido lejano de un bocina.

HERN. Ah!

SOL. Dios me ha oído.

HERN. (Extremeciéndose.) (Desdichada!)

SOL. Un ángel ha comprendido mi pensamiento; será tu ángel bueno.

HERN. Sí, mi ángel bueno... (Con amargura.)

Oyese por segunda vez el sonido de la bocina.

Otra vez!

SOL. D. Juan, ¿has dispuesto tú esa serenata?

El máscara del dominó negro aparece en el fondo. HERNANI se queda como petrificado.

## ESCENA V.

HERNANI y el MÁSCARA.

EL MÁSCARA. "Suceda lo que suceda, cuando queráis, señor duque, en cualquier lugar, á cualquier hora que os ocurra que deba yo morir, tocad la bocina y yo mismo me mataré." Este pacto tuvo por testigos á los retratos de mis antepasados. ¿Estás dispuesto á cumplirlo?

HERN. (Gran Dios!)

MÁSC. Acudo á tu palacio á decirte que ha llegado ya la hora, y veo que la retardas.

HERN. No: ¿qué es lo que quieres que haga?

MÁSC. Puedes elegir entre el puñal y el veneno; traigo las dos cosas y nos las partiremos.

HERN. Bien.

MÁSC. Qué eliges?

HERN. El veneno.

MÁSC. Pues toma; bebe y acabemos.

Preséntale un pomo, que coge la mano temblorosa de HERNANI.

HERN. (Llevándose a los labios y apartándose en seguida.) Te suplico que me dejes vivir hasta mañana. Si tienes corazón, si no eres un réprobo, un fantasma ó un demonio, si sabes lo que es gozar la dicha suprema de estar enamorados, de tener veinte años y de ir á casarse, permíteme vivir hasta mañana.

MÁSC. Mañana! Mañana! ¡Te burlas de mí! Y qué haría yo esta noche? Moriría, y mañana no habría quién te hiciera cumplir la palabra. No quiero bajar solo á la tumba y necesito que me acompañes.

HERN. Pues me libraré de tí; no te obedeceré.

MÁSC. Bien me lo temía. Me lo juraste por la memoria de tu padre... puedes olvidarlo.

HERN. Ah! Padre mio!... ¡Voy á perder la razón!

MÁSC. Vas á cometer un perjurio y un sacrilegio.

HERN. Duque!

MÁSC. Ya que los primogénitos de las familias castellanas se burlan de los juramentos... Adios!

Dá un paso para marcharse.

HERN. No te vayas.

MÁSC. Entonces...

HERN. (El tigre aulla y reclama su presa.)

SOL. Esa armonía llena el corazón de júbilo. Verdad, D. Juan mio?

HERN. (Levantándose con aspecto terrible.) ¡Lláname Hernani, llámame Hernani, que todavía me persigue ese nombre fatal!

SOL. (Temblando.) Qué tienes?

HERN. Ese anciano...

SOL. Me espantan tus miradas! ¿Qué tienes?

HERN. ¡Ese anciano que se está riendo en las tinieblas!... No lo ves?

SOL. Estás desvariando! ¿Quién es ese anciano?

HERN. El anciano.

SOL. Te ruego de rodillas que calmes mi inquietud; ¿qué secreto es ese que te atormenta?

HERN. Se lo he jurado.

SOL. Qué le has jurado?

Doña Sol sigue todos los movimientos de HERNANI con ansiedad. De pronto éste se pasa la mano por la frente.

HERN. (Qué le iba á decir!) ¿De qué te hablaba?

SOL. Me decías...

HERN. No, no te decía nada... sufría mi espíritu, pero no te inquietes.

SOL. Necesitas que te traiga algo? Manda á tu esclava.

Vuelve á sonar la bocina.

HERN. ¡Me lo exige, me lo exige y yo se lo he jurado! (Buscando en el cinto espada ó puñal, que no lleva.) (Estoy desarmado!)

SOL. ¿Pero qué es lo que te hace sufrir?

HERN. Una herida antigua, que creí cerrada y que vuelve á abrirse. (Alejámosla de aquí.) Sol de mi vida, escucha: en aquella cajita que en días menos felices llevaba siempre conmigo...

SOL. Sé cuál es... ¿qué quieres que haga?

HERN. Encontrarás en ella un pomo de elixir, que podrá terminar mi sufrimiento. Vé y tráemelo.

SOL. En seguida.

Váse Doña Sol por la puerta de la cámara nupcial.

## ESCENA IV.

HERNANI solo.

HERN. ¡Aparece para destruir mi felicidad! Hé aquí el dedo fatal que brilla en la pared de mi destino:

Queda sumido en profunda y convulsiva abstracción; despues se yergue bruscamente.

Pero calla... No oigo la bocina... No veo venir á nadie... ¡Si habrá sido una ilusión mia!

HERN. Eres un hombre desalmado que me persigues hasta las puertas del cielo...

Sale Doña Sol sin ver al encubierto.

ESCENA VI.

Dichos, Doña Sol.

SOL. No he encontrado la caja.

HERN. (Dios mío, ella!)

SOL. (Qué tiene? ¡Se asusta de verme! Horrible sospecha!) ¿Qué tienes en la mano? Contéstame.

El enmascarado se quita el antifaz. Doña Sol reconoce á D. Ruy Gomez y lanza un grito.

Es un veneno!

HERN. Gran Dios!

SOL. Me engañabas, D. Juan!

HERN. He debido ocultártelo. Prometí morir al duque cuando me salvó, y Aragon debe cumplir la promesa que hizo á Silva.

SOL. No eres suyo, sino mío. ¿Qué me importan á mí los demás juramentos? Duque, el amor me convierte en heroína y defenderé á D. Juan contra vos y contra todo el mundo.

RUY. Defiéndele, si puedes, contra un juramento sagrado.

SOL. Qué juramento?

HERN. Juré...

SOL. Nada, nada te obliga á morir, eso no puede ser; eso sería un crimen y una locura.

RUY. Vamos, D. Juan.

HERNANI vá á llevarse el pomo á los labios, pero Doña Sol se lo impide.

HERN. Déjame, Doña Sol, es preciso. Empeñé al duque mi palabra y juré por mi padre que me está mirando desde el cielo.

SOL. Antes arrancareis á un tigre sus cachorros, que á la mujer amante el objeto de su cariño. No conoceis aun á Doña Sol. Mucho tiempo, compadecida de vuestros sesenta años y respetando vuestras canas, fui sumisa y tímida; pero ahora, ved mis ojos encendidos de dolor y de rabia y ved este puñal. (Saca un puñal del seno.) Viejo insensato, cuando os amenazan mis ojos, recordad que soy de vuestra raza, y ¡ay de vos si atentais contra la vida de mi esposo! (Tira el puñal y cae de rodillas ante el duque.) Vedme arrodillada á vuestros piés para pedir os que tengais piedad de nosotros. Perdon, señor; soy una débil mujer, y cuando quiero ser brava, la fuerza aborta en mi corazón y flaqueo. Os lo ruego de rodillas; tened piedad de nosotros.

RUY. Doña Sol!

SOL. Perdonadme! A nosotras las españolas nos arrastra el dolor á decir palabras ofensivas; bien lo sabeis. No sois perverso y debéis compadecernos; tocarle á él es matarme á mí. ¡Le amo tanto!...

RUY. Le amas demasiado.

HERN. No llores.

SOL. No quiero que mueras, amor mío; no, no quiero. Perdonadle, señor, y os amaré tambien á vos.

RUY. Me amarás en segundo lugar, con los restos de tu cariño; ¿crees apagar así la sed que me devora? Rujo de cólera. Él poseería tu alma por completo. No, no; es preciso que esta situación termine. Bebe.

HERN. Empeñé mi palabra y debo cumplirla.

RUY. Vamos!

HERNANI vuelve á acercar el pomo á los labios; Doña Sol le vuelve á detener.

SOL. Todavía no! Oídme antes los dos.

RUY. El sepulcro está ya abierto y yo no puedo esperar.

SOL. Un instante, D. Juan. ¡Sois muy crueles los dos! No os pido más que un instante. Permitidme que esta mujer os diga sus últimas palabras; dejadme hablar.

RUY. Tengo prisa.

HERN. (Su voz me desgarrá el corazón.)

SOL. Comprended que tengo muchas cosas que deciros.

RUY. (A HERNANI.) Acabemos!

SOL. Don Juan, cuando termine yo de hablar, obra como quieras. (Le arrebató el pomo.) Ya lo tengo. (Enseñándolo á los dos hombres, que se quedan sorprendidos.)

RUY. Ya que tengo que habérmelas con dos mujeres, D. Juan, es preciso que vaya á otra parte á buscar hombres. Adios.

Dá algunos pasos y HERNANI le detiene.

HERN. Deteneos, duque. (A Doña Sol.) ¿Quieres que sea pérfido, perjuro y sacrilego? ¿Quieres que lleve por todas partes en el mundo escrita la traición en la frente? Pues si no lo deseas, devuélveme ese veneno, por nuestro amor, por nuestra alma inmortal.

SOL. (Sombria.) Insistes?

HERN. Sí.

Doña Sol bebe del pomo.

SOL. Tómale ahora.

RUY. Ha bebido!

SOL. Te repito que lo tomes.

HERN. ¡Ves lo que has conseguido, viejo miserable!

SOL. No me reconvenas, que en el pomo te he reservado tu parte.

HERN. (Tomando el pomo.) Bien.

SOL. Tú no me hubieras reservado la mía, tú no posees el corazón de la esposa cristiana, tú no sabes amar como ama una descendiente de los Silvas. Bebiendo la primera estoy ya tranquila. Ahora tú, si quieres, bebe.

HERN. Qué has hecho, desdichada!

SOL. Lo que tú has querido.

HERN. Condenarse á espantosa muerte!

SOL. Espantosa! por qué?

HERN. Porque ese filtro lleva al sepulcro.

SOL. Debíamos dormir juntos esta noche; el lecho es indiferente.

HERN. Padre mío! ¡Te vengas de mí porque te he olvidado!

Se lleva el pomo á la boca; Doña Sol le vuelve á detener.

SOL. Lanza lejos de tí ese filtro funesto, que causa dolores extraños y que extravía mi razón. Detente, D. Juan; ese veneno es muy activo y engendra en el corazón una hidra de mil dientes que lo roen y lo devoran. Lo enciende en fuego horrible. No bebas, que padecerás mucho.

HERN. Eres inhumano; ¿no podías haber elegido otro veneno para ella?

Bebe y tira el pomo.

SOL. Qué has hecho!

HERN. Lo que hiciste tú.

SOL. Ven, ven, amor mío, ven á mis brazos.

Sentándose uno al lado del otro.

¿No es verdad que hace sufrir horriblemente?

HERN. No...

SOL. Hé aquí que empieza nuestra noche de bodas y que palidece tu prometida.

HERN. Ah!

RUY. Se cumplió la fatalidad.

HERN. Me desespera verla sufrir tanto!

SOL. Cálmate, me encuentro mejor. Hacia nuevas claridades vamos en seguida á abrir juntos nuestras alas, y con vuelo igual volaremos á un mundo mejor. Un beso! Dame un solo beso.

Se abrazan.

RUY. (Oh, rabia!)

HERN. Bendito sea el cielo que me concedió una vida rodeada de abismos y llena de espectros, pero que me permitió descansar de tan ruda carrera acariciando á la mujer querida.

RUY. Son dichosos!...

HERN. (Desfalleciendo.) Ven... ven... Sol de mi alma... todo está oscuro... sufres?

SOL. (Desfalleciendo tambien.) Nada... nada ya.

HERN. Ves dos luces en la sombra?

SOL. Todavía no.

HERN. Yo sí... (Dá un suspiro y cae.)

RUY. (Levantándole la cabeza, que vuelve á caer.) Está muerto!

SOL. (Desgreñada é incorporándose un poco.) Muerto no... es que dormimos... es mi esposo. Nos amamos y nos hemos acostado: aquí se celebra nuestra noche de bodas. No le despertéis, que está cansado... (Vuelve la cara hacia HERNANI.) Amor mío... aquí estoy... más cerca... más aun...

Cae al suelo muerta.

RUY. Ha muerto! Estoy condenado! (Se mata con el puñal.)

FIN DE HERNANI.



## MARION DE LORME.

DRAMA EN CINCO ACTOS.

### PREFACIO.



ESTA obra, que se representó diez y ocho meses despues que *Hernani*, la escribí tres meses antes. Compuse los dos dramas en 1829, MARION DE LORME en Junio y *Hernani* en Setiembre.

Cambiando algunos detalles, que en nada modifican la parte fundamental de la obra, ni la naturaleza de los caracteres, ni el valor respectivo de las pasiones, ni la marcha de la accion, ni aun la distribucion de las escenas, el autor entrega al público este drama en el mes de Agosto de 1831, como lo escribió en Junio de 1829.

Este drama permaneció dos años alejado del teatro, y los motivos de esta suspension los conoce el público, que sabe que el autor se ha visto obligado á ello. Impidió su representacion el veto de la censura, y esta prohibicion fué sucesiva en los ministerios Martignac y Polignac, segun la voluntad expresa del rey Carlos X. La suspension del segundo año de MARION DE LORME fué voluntaria: el autor se abstuvo de llevarla al teatro. Despues de esa época, habiéndole preguntado varias personas, que él no tenia el honor de conocer, por medio de

cartas, si existian aun obstáculos para representarse dicha obra, el autor, despues de darles las gracias por haberles manifestado este interés, les debe una explicacion y se la vá á dar.

Despues de la admirable revolucion de 1830, habiendo conquistado el teatro su libertad, como Francia conquistó la libertad política, las piezas dramáticas que la censura de la restauracion habia enterrado vivas se desparramaron, haciendo mucho ruido, por los teatros de Paris, á los que el público acudió á aplaudirlas. Esto era justo. Los dramas prohibidos por la censura se representaron durante muchas semanas con gran satisfaccion del público. El teatro de la Comedia Francesa pensó en representar MARION DE LORME. Personas influyentes en la empresa fueron á hablar al autor con este objeto. En aquellos momentos de animadversion contra Carlos X, el acto cuarto, que prohibió dicho rey, les pareció que podia provocar un éxito de reaccion política. El autor debe confesar aquí francamente, como lo declaró entonces en el seno de la intimidad á los que solicitaban su drama, y sobre todo á la eminente actriz que tan brillantemente habia desempeñado el papel de

Doña Sol, que precisamente por la razón de tener alguna probabilidad de provocar un éxito de reacción política se decidía á no entregar su obra al teatro. Comprendía el autor que se encontraba en un caso particular.

Aunque formaba desde bastantes años atrás en las filas, si no más ilustres, más trabajadoras, de la oposición; aunque se consagraba desde que fué hombre al progreso y á la libertad, se acordó de que, arrojado á los diez y seis años en el mundo literario por las pasiones políticas, sus primeras opiniones, ó por mejor decir, sus primeras ilusiones fueron realistas y vendeanas; recordó haber escrito una oda á la consagración de Carlos X, cuando este rey era popular y respondía á las aclamaciones del pueblo: *Ni quiero censura ni alabarderos*. El autor no quiso que un día le reprochasen su pasado, pasado erróneo indudablemente, pero hijo de la convicción, de la conciencia y del desinterés, como espera que sea siempre su proceder toda la vida. Comprendió el autor que un éxito político á propósito de la caída de Carlos X era lícito á cualquiera menos á él; que no le convenía ser uno de los respiraderos por donde saliese la cólera pública, y que en presencia de la deslumbradora revolución de Julio, podía mezclar su voz á las de los que aplaudían al pueblo, pero no á las de los que maldecían al rey. Obrando así creía cumplir un deber, y obró como en su caso hubiera hecho cualquier hombre de corazón. No quiso autorizar la representación del drama. Por otra parte, no le gustan los éxitos que producen las alusiones políticas; porque estos éxitos tienen poco valor y su duración es efímera. Quiso pintar á Luis XIII con la buena fé del artista, pero no á ninguno de sus descendientes. Además, precisamente cuando se suprime la censura es cuando los autores deben censurarse á sí mismos con más severidad, para colocar de este modo á gran altura la dignidad del arte. Cuando se goza de completa libertad no deben traspasarse sus límites.

Hoy, que nos separan ya de la caída del rey trescientos sesenta y cinco días, que en esta época significan trescientos sesenta y cinco acontecimientos; hoy, que el oleaje de la indignación popular ya no bate los pasados años de la restauración, como mar que se retira de playa desierta; hoy, que Carlos X está más olvidado que Luis XIII, el autor entrega su drama al público y el público lo reci-

be como el autor se lo dá; esto es, sin ver en él segunda intención y juzgándole como obra de arte, mala ó buena. Comprende el autor que es algo, que es mucho, que es todo para los hombres de arte, en los momentos de preocupaciones políticas, que un drama solo se examine literariamente. El autor tiene que hacer notar aquí además que si hubiera seguido reinando en Francia la primera rama de los Borbones, esta obra se hubiera excluido del teatro absoluta y eternamente. Si no hubiese sobrevenido la revolución de Julio, nunca se hubiera representado. Si esta obra fuese de muchísimo mayor mérito, podría someterse, como prueba, contra los que afirman que la revolución de Junio ha sido perjudicial para el arte. Fácil será demostrar que esta sacudida de emancipación no solo no ha sido perjudicial para el arte, sino útil; no solo útil, sino necesaria. En efecto, en los últimos años de la restauración, el espíritu de novedad del siglo diez y nueve había penetrado en todas partes, reformándolo todo, reconstruyéndolo todo; historia, poesía, filosofía, había penetrado en todas partes menos en el teatro. Este fenómeno se debía á que la censura le impedía la entrada. No había medio posible de traducir fiel y francamente en la escena, con la imparcialidad y con la severidad del artista, ni á los reyes, ni á los sacerdotes, ni á los señores, ni á la Edad Media, ni á la historia, ni al pasado. La censura era indulgente para las obras de escuela y de convención, que no hacen más que adular y por consecuencia disfrazarlo todo; y era implacable para el verdadero arte, que es concienzudo y sincero. De esta regla general había muy pocas excepciones; apenas tres ó cuatro obras verdaderamente históricas y dramáticas pudieron deslizarse en la escena, durante los pocos momentos en que la policía, ocupada en otra parte, se dejó la puerta entornada. De este modo la censura tenía al arte en jaque en el teatro. Vidocq bloqueaba á Corneille. La censura formaba parte integrante de la restauración, y no podía desaparecer la una sin desaparecer la otra. Fué preciso que se completase la revolución social para que se completase la revolución del arte. El mes de Julio de 1830 no solo es una fecha política, sino que es también una fecha literaria.

Ahora el arte es libre; solo le falta ya permanecer siendo digno. El público es como debía ser, mejor que nunca, ilustrado y grave. Las revoluciones tienen

la ventaja de que maduran con rapidez y á un mismo tiempo todos los espíritus y por todos lados. En dos años, el instinto de las masas se convirtió en gusto. Las miserables clasificaciones de clásico y romántico cayeron en el abismo de 1830. El arte solo quedó permanente. Al artista que estudia al público y debe estudiarlo sin cesar, debe darle gran ánimo ver desarrollarse de día en día en el fondo de las masas la inteligencia cada vez más seria y profunda de lo que conviene á este siglo, tanto en literatura como en política. Ofrece hermoso espectáculo ver el público, combatido por tantos intereses materiales, reunirse en multitud para presenciar las primeras transformaciones del arte que se renueva, hasta cuando son tan incompletas y tan defectuosas como las actuales. Se le vé atento, simpático, benévolo, ya se le enseñe, en una escena de la historia, una lección del pasado; ya se le enseñe, en un drama de pasión, una lección de todos los tiempos. Según nuestro criterio, no se ha presentado jamás en la historia momento tan propicio para el drama. Este es el momento, para el que Dios haya dotado de genio, de crear un teatro vasto, sencillo y variado, nacional para la historia, popular para la verdad, humano, natural y universal para la pasión.

Desde los siglos pasados hasta el presente se ha dado un paso inmenso. El teatro ahora puede conmover á las multitudes y agitarlas hasta en sus últimas profundidades; ayer, el pueblo solo era una inmensa pared, en la que el arte solo podía pintar al fresco.

Hay capacidades, y algunas muy ilus-

tradas, que aseguran que hoy la poesía ha muerto y que hoy el arte es imposible. Por qué? Todo es siempre posible en momentos dados, y jamás fueron posibles tantas cosas como en la época en que vivimos. Todo puede esperarse de las generaciones nuevas, llamadas á gozar del magnífico porvenir que vivifica el pensamiento elevado que sostiene la fé tan legítima que tienen de sí mismas. El autor de este drama está orgulloso de pertenecer á sus filas y se vanagloria de que algunas veces sus compañeros hayan pronunciado su nombre, á pesar de ser el último de dichos jóvenes; el autor de este drama todo lo espera de ellos; hasta espera que surja un gran poeta. Que ese genio desconocido aun, si existe, no se deje descorazonar por los defensores de la aridez, de la sequedad y del prosaismo actual. Que deje que crean que los tiempos están tan ilustrados que ya no es posible en ellos un genio primitivo. Si alguno hubiera dicho, al terminar el siglo diez y ocho, que después del Regente, después de Voltaire, después de Beaumarchais, después de Luis XV, después de Cagliostro y después de Marat eran posibles los Carlo-Magnos, grandiosos, poéticos y casi fabulosos, todos los escépticos entonces, es decir, la sociedad entera, se hubiera movido incrédulamente del que tal hubiera creído. Pues bien; al empezar el siglo diez y nueve ha sido posible establecer un imperio y reinar un emperador. Del mismo modo podría ahora nacer un poeta que igualara á Shakespeare, como nació un Napoleón que igualó á Carlo-Magno.

Agosto de 1831.